

GUÍAS DE PROFESORADO

GUÍA BÁSICA PARA DOCENCIA E INVESTIGACIÓN EN HISTORIA CON PERSPECTIVA DE GÉNERO

*No es fácil hacer encajar a las mujeres en una estructura que, de entrada, está codificada como masculina; lo que hay que hacer es cambiar la estructura.
(Mary Beard, Mujeres y Poder, 2018)*

AUTORÍA
Margarita Márquez Padorno



CÁTEDRA EXTRAORDINARIA
VALORES DEMOCRÁTICOS
Y GÉNERO



Instituto
Mujeres



 Instituto de
las Mujeres



instifem[®]

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es>

Edita: Instituto de las Mujeres

Subdirección General de Estudios y Cooperación

Secretaría de Estado de Igualdad y para la
Erradicación de la Violencia contra las Mujeres

Autoría: Margarita Márquez Padorno

eNIPO: 050-25-049-X

El Instituto de las Mujeres no se hace responsable de las opiniones expresadas en esta guía.

¿QUÉ ES LA HISTORIA Y CÓMO SE HA CONSTRUIDO?

Si se sigue al pie de la letra la etimología de la palabra historia en la Grecia clásica, esta ciencia se ceñiría a relatar lo que alguien ha visto, que es la traducción literal de **ἱστορία** (hístōr, testigo); pero desde hace más de 2.500 años, ya Herodoto de Halicarnaso le dio a ese término mayor profundidad añadiéndole connotaciones de búsqueda y exploración, de saber lo que ocurrió en el pasado y averiguar la verdad del acontecer humano. Dos milenios y medio después la disciplina de la Historia se sigue interpretando como aquella que busca lo ocurrido a la humanidad que nos precedió y, a su vez, la interpretación de las acciones que la búsqueda anterior nos facilita.

Así, entrelazando ambas definiciones (buscar y analizar), la historia se ha ido construyendo como la base cultural de las comunidades humanas desde sus orígenes. La amalgama que sostenía este pasado construido no era la veracidad de los hechos ni sus interpretaciones, sino la formación de mitos clave de ancestros o religiones de cada comunidad que fueron transmitidos a través de las generaciones primero por tradición oral y más tarde por escrito. Con el avance de los conocimientos intelectuales y más tarde las innovaciones técnicas y tecnológicas, el mito se fue separando de la historia desembocando en un área más científica que fue incorporando métodos de investigación y análisis.

Por todo ello, conocer la historia es recoger de forma siempre indirecta hechos del pasado e interpretarlos desde el presente. Pero esa búsqueda e interpretación de lo ocurrido a lo largo de los siglos se ha hecho de forma recurrente sobre un sujeto coral limitado y, aunque en los dos últimos siglos esta visión se ha extendido algo más allá de un núcleo eurocéntrico de alto poder económico y político, más de la mitad de la población, la que forman las mujeres, sigue quedándose fuera del foco.

La invisibilidad manifiesta de las identidades y de las realizaciones de ellas en la Historia lleva denunciándose de forma recu-

rente desde el comienzo de las corrientes feministas que tuvieron sus primeras manifestaciones con la llegada de la Ilustración en el siglo XVIII, pero ni la enseñanza ni la práctica de las técnicas históricas e historiográficas incorporan una mirada global de la población en este ámbito de estudio por mucho que lo normativo, al menos en España, recoja indicaciones muy precisas acerca de incorporar la perspectiva de género en los currículos de las diferentes asignaturas que entran de lleno o lindan con la Historia y de insistir en fomentar la igualdad de derechos, trato y oportunidades de mujeres y hombres. Se hace necesaria, por tanto, una deconstrucción de la historia y de su enseñanza.

¿POR QUÉ DECONSTRUIR LA HISTORIA?

La necesidad de acomodar a las mujeres en las estructuras de un relato no pensado para ellas a lo largo de tantos siglos es un esfuerzo ímprobo para un resultado insignificante -quizás sería más adecuado tachar el resultado de pírrico al definir el diccionario este adjetivo como conseguir una victoria con más daño para las vencedoras que para los vencidos-. Buscar en el pasado algunas mujeres que permanecen olvidadas pero que fueron reconocidas en su tiempo no es incluir a la mitad de la humanidad en el relato de la historia.

Tampoco han funcionado las investigaciones y publicaciones de “historias de las mujeres” que no han hecho más que perpetuar el hecho de que ellas solo pueden hablar y entender de su mundo: mujeres hablando, investigando y haciendo historia sobre mujeres, sin interactuar con el resto de la población. Así que los numerosos estudios que desde los años 60 del siglo XX se realizan para intentar completar los vacíos con nombres y figuras de mujeres relevantes que van emergiendo cada vez con más asiduidad en un relato que las invisibilizó o, sencillamente, que nunca las tuvo en cuenta, no son más que gotas de agua en un desierto que no tiene visos de cambiar mientras las estructuras de la enseñanza de la historia se mantengan en un discurso secular androcéntrico, y los materiales didácticos y las prácticas eludan los cambios necesarios -y que por ley son norma obligada- para perpetuar un discurso social que ni

refleja la realidad del pasado ni permite a las futuras generaciones creer en esa sociedad igualitaria de la que les hablan en las teorías.

Es por ello imperativo no solo eliminar los prejuicios, los estereotipos y los sesgos de investigación científica y de divulgación histórica, sino también formar con perspectiva de género a las nuevas generaciones de docentes, investigadoras e investigadores en los ámbitos universitarios que serán quienes se encarguen de enseñar y difundir la materia en los diferentes ciclos de educación y en la transferencia del conocimiento, una historia global que recoja el transcurrir de la humanidad carente de exclusiones donde se evidencie la participación de las mujeres en la construcción de la sociedad actual, aunque haya sido desde posiciones desaventajadas y opresivas. Asimismo, es necesaria la inclusión de la perspectiva de género en las aulas, en los centros de investigaciones y en los de enseñanza desde los niveles iniciales de la educación hasta los posgrados universitarios. Solo así será posible contribuir desde la academia a promover la igualdad entre hombres y mujeres en nuestra sociedad.

DIEZ ESTEREOTIPOS DE GÉNERO EN LA HISTORIA Y POR QUÉ EVITARLOS

1. Sexo y género son lo mismo

Aunque nos puedan sonar parecido, el sexo y el género son conceptos diferentes.

En los últimos años, el auge de las identidades LGTBQ+ está introduciendo variaciones en el uso de estos conceptos, pero podemos decir que, en general, el sexo hace referencia a características biológicas como: el aspecto de los genitales, los cromosomas, las hormonas o la morfología del esqueleto. Mientras que el género es la interpretación cultural de las diferencias sexuales que da lugar a la categorización de individuos, cuerpos, objetos y espacios.

Cada sociedad tiene su sistema sexo-género, es decir, su propio marco conceptual para entender cómo las diferencias biológicas y las construcciones sociales de género interactúan y se

organizan, construyendo diversas identidades, roles y distinciones de género. Las comunidades de la prehistoria no fueron una excepción, pero es necesario adecuar las interpretaciones a los datos científicos y no imponer nuestra visión desde el presente.

2. La política y la guerra, cuestiones exclusivas de hombres, son los ejes de la historia

El hecho de que los libros de texto y los programas de la mayor parte de los centros de enseñanzas primaria, secundaria y universitarias vertebren sus contenidos en torno a los conflictos y las políticas de conquistas y emancipaciones, no limita a ese relato la historia de la humanidad siendo, por ejemplo, el siglo XX no solo el siglo de las grandes guerras, sino también el siglo del diálogo entre naciones, la descolonización y los grandes intentos de desarme. La investigación y también la docencia debe dedicar más tiempo y contenidos a otros acontecimientos tan o más importantes para nuestro presente que han marcado el camino de los seres humanos desde hace milenios a nuestra actualidad. Ampliar así el conocimiento permitirá comprender mejor nuestro pasado y el devenir de nuestras generaciones anteriores.

Por otro lado, en la política y en la guerra están también las mujeres. Siempre han estado en ellas, aunque apenas se haya puesto el foco en esa mitad de la población. Política y guerras que apenas dirigieron, pero que sí vivieron y sufrieron. Protagonizaron muchas más circunstancias de las que la historiografía nos muestra hasta ahora. Rescatar la labor de tantos millones de mujeres que han sido invisibilizadas, obviadas y ocultadas es tarea de las presentes y futuras generaciones de historiadoras e historiadores, pero en una estructura más coherente, donde haya una visión global y sin sesgos de género.

3. Ha habido grandes mujeres excepcionales en la historia y ya se las recuerda

Lo excepcional de estas mujeres no fue que destacaran entre los millones de coetáneas, sino que no se les haya podido in-

visibilizar totalmente. Eso sí, todas ellas participaron en un papel preeminente de sus sociedades androcéntricas asumiendo de forma masculina el papel destinado a un hombre: como reinas viudas o herederas sin hermanos varones que pudieran ocupar el trono o heroínas que en tiempos convulsos tomaron el mando en la ausencia de sus hombres. También científicas y profesionales de distintos ramos escaparon del olvido de la historia, pero el precio pagado por todas ellas fue altísimo.

María Skłodowska-Curie, por ejemplo, que fue la única persona en recibir dos premios nobel en diferentes disciplinas -física, 1903 y química, 1911- hasta 1972 (solo cinco personas han conseguido esta categoría en los más de 120 años transcurridos desde los primeros galardones de la Academia sueca. Las últimas cuatro, han sido hombres), tuvo que sufrir numerosas campañas de desprestigio y odio a lo largo de su vida atravesando etapas de penuria y desprecio que, afortunadamente para el avance de las ciencias, no mermaron su resiliencia.

4. El protagonismo de las mujeres en la historia las llevó a la locura

La rebelión en los hombres se ha entendido históricamente como arrojo, valentía o revolución. En las mujeres esta característica se juzga en las crónicas o en los relatos e investigaciones históricas, de desvarío; se tacha de locura. El precio de la subversión y de sus triunfos fue la etiqueta de “histéricas”, “locas” o “desequilibradas”. El brillo de su inteligencia y de sus ideas avanzadas o el intento de detentar un poder que ellas sabían que les correspondía, fue combatido con encierros, sanatorios mentales o tratamientos con sustancias que las devolvieran a “su estado natural”.

Y no se ciñe esta circunstancia a un periodo concreto o a un pasado remoto. Ilustres mujeres de todas las épocas, como Juana I de Castilla, Teresa de Jesús, Olympe de Gouges, Camile Claudel, Virginia Woolf, Dora Maar o Kate Millet son algunas de las numerosas figuras destacadas en la política, la literatura o las artes en cuyas vidas primero y en sus biografías después, se subraya como esencial su desequilibrio mental resaltando este rasgo -en muchas ocasiones, además, falso- muy por encima de sus logros

y creaciones. Este caso de desigualdad se vuelve más evidente al comprobar cómo no hay tal preponderancia del desequilibrio sobre la obra en otras figuras masculinas como Felipe V -a quien las crónicas aseguran que se creía una rana y que intentaba subir a los caballos de los tapices de sus palacios-, Robert Schumann, cuyas depresiones recurrentes e intentos de suicidio no opacaron su obra pero sí la de su mujer Clara que entre sus contemporáneos brillaba más que él; o Van Gogh, magistral pintor al que los estudiosos le achacan trastornos de la personalidad, trastorno bipolar con episodios de depresión e hipomanía, epilepsia y también esquizofrenia paranoica. Si bien sufrió un calvario en vida, a la hora de mostrar y vender su obra tras su muerte, estas características o no aparecen o se tratan con respeto.

5. La obra anónima pertenece a hombres que no quisieron darse a conocer

Desde que Virginia Woolf escribió en su Habitación propia que “Anónimo era una mujer”, en algunos círculos de estudio se empezó a cuestionar que las obras de arte, música y literatura no firmadas correspondieran exclusivamente a autores masculinos que, por diferentes razones, prefirieron no estampar su firma en sus creaciones. Y es que es mucho más plausible creer que las autoras tuvieran razones de peso para no dar sus nombres en épocas donde ni siquiera leer les estaba permitido. Y por ello muchas decidieron y deciden esconderse bajo nombres masculinos o seudónimos neutros -Colombine, Fernán Caballero, George Sand- o con iniciales para que se valore más su obra -JK Rowling, P.D. James-.

Incluir completos los nombres en lugar de las iniciales es una reivindicación muy utilizada por autoras e investigadoras actuales a la hora de citar y ser citadas en diferentes publicaciones académicas o catálogos artísticos. Se reclama incluir la denominación completa para que sea evidente que en las bibliografías y recopilaciones artísticas se incluya el pensamiento y la investigación de las expertas. En épocas de visibilización

del trabajo, normativas como APA en la recopilación bibliográfica suponen un conflicto que debe revisarse. Las últimas actualizaciones del estilo Chicago ya introducen esta cuestión.

Es necesario que se combata este estereotipo y la mirada sin sesgo permita descubrir un mundo de mujeres trabajando a la par que sus coetáneos. Y las lagunas de invisibilización podrán mermar y desaparecer. En 2019 un equipo multidisciplinar del Instituto Max Planck confirmaba, a través del análisis de los restos de una mujer enterrada hacia el año 1100 en un monasterio, que la escribanía y el miniado medievales no solo fue obra de monjes. También las monjas escribieron, copiaron, ilustraron y preservaron la cultura en los claustros de sus conventos. La investigación, realizada con perspectiva de género, derrumbó este estereotipo más allá de los círculos académicos cuando la noticia saltó a los medios de comunicación y se difundió desde 2021.

6. Las mujeres solo se han ocupado de “cosas de mujeres”

Entre las interesantes conclusiones del informe de la Secretaría General de las Naciones Unidas de marzo de 2020 que evaluaba la aplicación de la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing, se encuentra el derecho fundamental de la participación plena y equitativa de las mujeres en todos los ámbitos de la sociedad. Sin embargo, es un constructo cultural histórico el que las mujeres deben ocuparse de lo que exclusivamente les ha concernido secularmente a ellas: las tareas del hogar, los cuidados, la belleza estética y corporal y la crianza y educación en las primeras fases de la vida de sus hijas e hijos.

Además, este estereotipo las hacía dependientes de hombres que marcaban las pautas que ellas debían seguir: chefs en las cocinas, diseñadores en la moda o médicos en los cuidados. Ellas quedaban así en la sombra de las tareas que les eran asignadas y excluidas del resto de las ocupaciones realizadas fuera del ámbito doméstico. Que el talento existe en el 100 % de la población es algo que está demostrado científicamente desde hace ya muchos años, pero sigue sin reflejarse en los

libros de texto. Y aunque sea desde tribunas menos visibles y con menos oportunidades, las mujeres contribuyeron sin duda al progreso de sus sociedades y debido a la necesidad de avance social y el tesón de muchas de ellas, esas barreras que parecían infranqueables durante siglos fueron traspasadas llegando algunas a tener un liderazgo notable, no solo en “cosas de mujeres” sino en todos los campos de la acción, el conocimiento y las artes. El rescate de sus esfuerzos enmarcados en la cultura que las envolvía para poder comprender sus circunstancias es una tarea aún por realizar.

7. Las mujeres no son capaces de decidir libremente y por sí mismas el voto

La conquista de las mujeres por alcanzar su estatus de sujetos políticos ha sido -mejor dicho, está siendo- un camino largo y difícil, con avances y retrocesos según el devenir de la historia. Desde los inicios en la Ilustración con la polémica de los sexos en el siglo XVIII la resistencia a otorgar la categoría de ciudadanas a la mitad no masculina de los seres humanos ha sido feroz. No es una tarea lograda en su totalidad pues no olvidemos que aún hay en el mundo millones de mujeres que no tienen acceso a este derecho fundamental.

Además, desde la concesión parcial o completo del voto a las mujeres a partir del final del siglo XIX, muchas son las voces que siguen insistiendo en la idea de que ellas no son capaces de ejercer libremente su papel como parte activa de un Estado ni ser titulares de derechos políticos. Hay claros ejemplos en el pasado estereotipados a lo largo de los escritos. Pero también, lamentablemente, en el presente.

Hay una dura losa que sigue cayendo sobre las primeras españolas que votaron en 1933 en unas elecciones generales a las que se acusó de la derrota de los partidos de izquierda y se las responsabilizó de la victoria de la coalición de derechas en la Segunda República en la idea de que sus votos fueron manipulados por sus confesores. Señalamiento que

empañoó la fiesta del voto de ellas y que, además, no fue cierto. Pero la historia perpetuada tampoco escucha la realidad de las investigaciones que confirman que las mujeres, al igual que los hombres, votaron según sus convicciones políticas y fueron otras las causas que llevaron al resultado electoral.

8. Las mujeres no participaron en las guerras, revoluciones ni en las expediciones internacionales

La guerra es cosa de hombres. Y así lo indican los libros, los manuales escolares y universitarios, las bibliografías y las películas. Pero ampliando la mirada y aplicando la perspectiva de género se descubre que miles, millones de mujeres protagonizaron -a veces a su pesar- los acontecimientos más importantes de la historia. Si exploramos detenidamente un mundo tan masculino como el de las guerras y las revoluciones, llega el asombro de lo normativo cuando se desvela que, en la primera revuelta señalada de la Revolución Francesa, la Jornada de las Tejas, la mayor parte de las voces de protesta provenían de las mujeres y, tras la toma de la Bastilla, fue un grupo numeroso exclusivo de mujeres quienes protagonizaron la marcha sobre Versalles.

Otro de los hechos fundamentales de nuestra contemporaneidad, la Revolución Rusa de 1917, tan poblada de hombres en su relato histórico, tuvo su detonante principal en la marcha del 23 de febrero de 1917 -para el calendario occidental, 8 de marzo- que reclamaba “Pan y paz” y que estaba encabezada y liderada por mujeres a las que se sumaron trabajadores obreros e incluso soldados bajo la consigna: “Bajad las bayonetas y uníos a nosotras”. Esa jornada terminó con la abdicación del zar.

Las expediciones a América y Asia de los siglos XV al XVIII tuvieron también a muchas protagonistas femeninas. Así lo demostró la exposición del Museo Naval de Madrid en 2012 titulada “No fueron solos”, que respondía a una larga y profunda investigación con perspectiva de género mostrada con brillantez por sus comisarias y asombrando a sus visitantes con afirmaciones que desmontaban clichés seculares,

como el hecho de que, en el siglo XVI, de los 45.327 viajeros a América registrados en archivos 10.118 son mujeres.

Célebres revolucionarias y viajeras permanecen olvidadas o se tienden a olvidar porque no encajan en los relatos ni los libros de historia más que como excepciones masculinizadas.

9. Ellas son de letras, ellos son de ciencias

Este es un mito y estereotipo conocido y repetido desde hace tiempo como invención degradadora que quiere hacer ver que las ciencias son superiores al resto de las disciplinas, pero sigue vigente en nuestro panorama educativo y profesional y, lo que es peor, en las mentes de las futuras generaciones. La neurocientífica Gina Rippon no solo rompió con sus investigaciones y avances el cliché de las diferencias entre las capacidades y los cerebros de mujeres y hombres, sino que es una activa crítica a la llamada “neurobasura”, corriente que bajo los patrones seculares androcéntricos de “cabellos largos, ideas cortas”, renueva con nuevas tecnologías y grandes inversiones la idea de que las diferencias entre mujeres y hombres van más allá de rasgos biológicos. Confirma no solo que los cerebros de hombres y mujeres no son iguales, sino que cada cerebro es diferente a todos los demás

Rippon zanja de forma contundente estos discursos: “La lógica de su argumento -dice- es que los hombres y las mujeres son biológicamente diferentes, los hombres y las mujeres son diferentes en cuanto a su comportamiento, por lo que sus diferencias de comportamiento son causadas biológicamente y no pueden y, lo que es más importante, no deben ser cuestionadas o cambiadas”. Asimismo, denunció que los neurólogos extrapolan salvajemente sus datos para que su ciencia pueda ser usada para reforzar a través de la ingeniería social los roles de desigualdad entre hombres y mujeres.

Los roles de género se han mantenido intactos durante milenios

Se trata de un estereotipo creado en el siglo XIX. El movimiento romántico en lo cultural, el código napoleónico en lo jurídico y el

Congreso de Viena en lo político coadyuvaron a que se construyese un imaginario de mujeres y hombres que el Hollywood de los años 50 del siglo XX perpetuó en nuestro imaginario actual.

Deconstruirlo es extremadamente complejo pues toda la cultura occidental pivota sobre él. Las imágenes que se reproducen en la música, la literatura y en cualquiera de las artes plásticas y escénicas, así como en las publicaciones periódicas nos muestran desde ese movimiento romántico como ideales y estándares a unas mujeres débiles necesitadas de protección, encerradas en el sufrimiento de un amor imposible, incapaces de realizar tareas manuales ni intelectuales, ni de tomar decisiones sin ayuda de los hombres de su entorno.

La falsedad extrema de este estereotipo no correspondía a la realidad cotidiana de la época en la que fue lanzado ni al pasado que pretendía describir. Para construir contextos históricos coherentes con las realidades de tiempo y espacio según sucedieron, así como para llevarlos a las aulas de la escuela, el instituto y la universidad y, a través de la transferencia, al resto de la sociedad, se requiere de una formación sólida de las y los futuros profesionales de la historia en la que la perspectiva de género jugará un papel fundamental para describir los acontecimientos de nuestro pasado y difundirlo como aprendizaje y conocimiento de la humanidad que quiere avanzar y dejar atrás el pasado construyendo una sociedad más justa e igualitaria.

PARA REFLEXIONAR:

- El foco de la enseñanza de la historia se ha centrado en el poder político, bélico y económico de Occidente y con ello la mayor parte de la humanidad ha quedado invisibilizada. La mitad de esta, además, las mujeres, sigue sin incorporarse a los temarios docentes a pesar de abrirse el área de conocimiento desde hace ya décadas a disciplinas como la Historia de los Movimientos Sociales o la Historia Global.

- Los estudios históricos y la enseñanza de esta materia

se hacen desde el presente de quien lo imparte e investiga, lo que no quiere decir que se deba reflejar lo coetáneo en las épocas estudiadas, en las que no existían realidades que aparecerían más adelante. Hablar de totalitarismo en la Edad Antigua o de feminismos en el Renacimiento, por ejemplo, solo contribuye a confundir las mentes que aun se están formando y a construir clichés y tópicos en la sociedad.

- La enseñanza de la historia es una magnífica oportunidad para formar un alumnado con mirada crítica y reflexiva no solo en la asignatura de Historia sino además en su presente y futuro como hacedores de las futuras sociedades.

- El intrusismo de la divulgación sin base científica y los intereses de quienes quieren mantener el androcentrismo en nuestro presente y futuro solo se puede combatir mediante una educación rigurosa y en igualdad.

- Las mujeres estuvieron siempre presentes en la Historia. Es cuestión de ampliar la mirada, completar las investigaciones hasta ahora parciales y enseñar dentro y fuera de las aulas los resultados para completar el legado de nuestras generaciones pasadas.

- El lenguaje modela la cultura. Si seguimos nombrando todo en “masculino genérico o inclusivo” -como señala aún la RAE- seguiremos perpetuando en nuestros imaginarios colectivos y acontecimientos donde ellas no estén. Y estuvieron. Y están.

- La investigación, la docencia y la transferencia del conocimiento acompañadas de la perspectiva de género son las mejores herramientas para combatir los estereotipos que perpetúan las desigualdades sociales que hoy vivimos.

COORDINACIÓN

Isabel Tajahuerce Ángel

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Sonia Santandreu Ferragut